

Dos tardes con Jules Verne

Un diminuto ensayo
de Laura Fernández



Alianza editorial
El libro de bolsillo

2 dos
tardes

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Laura Fernández, 2025
por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-093-7
Depósito legal: M-12916-2025
Printed in Spain

Índice

1.		11
2.		37
3.		69
4.		93

He aquí una pequeña parte de la historia,
y el sentido, del (ESCRITOR) que fue siempre,
inevitablemente, (PERSONAJE), y a la vez
apasionante (ALMA IRREDENTA)
e (INCOMPRENDIDA) de aquello que la
(IMAGINACIÓN) hace con la (REALIDAD),
¿y qué hace? Oh, (CREARLA),
siguiendo su propia, y única, (TRAMA)

1

(OBSÉRVENME) (ALGÚN DÍA SERÉ ALGUIEN) (UN ALGUIEN IMPORTANTE) / Una fotografía, una leyenda, ninguna barba / (OH, NO, JULES NUNCA ESTUVO AQUÍ) / ¿Por qué ha desaparecido la carta del astronauta Frank? / El Robinson suizo / La (TIERRA) es una isla desierta

Es inconscientemente atractivo. Posa de perfil, con los brazos cruzados. Lleva algún tipo de lazo caballeresco anudado al cuello. Mira inconcreta aunque ceñudamente hacia ninguna parte, y su mirada, decidida, aún ilusa, *bravísima*, dice (OBSÉRVENME) (ALGÚN DÍA SERÉ ALGUIEN), oh, en realidad, dice (OBSÉRVENME) (NADIE LO SABE AÚN, PERO ALGÚN DÍA SERÉ ALGUIEN) (TAL VEZ YA LO SEA) (UN ALGUIEN IMPORTANTE) (AUNQUE, ¿SABEN?) (EL MUNDO JAMÁS VA A ENTENDERME), dice también esa mirada fervorosa, en algún sentido pubescente, invencible. Oh, ¿de veras, *Jules*? ¿(EL MUNDO) jamás va a entenderte? (NO), responde esa mirada recelosamente encantadora, la mirada de un Jules Gabriel Verne —ese era su nombre completo, hijo de Pierre y Sophie, hijo de un abogado poeta, un abogado poeta de versos descuidadamente

insulsos, y de la *hija* de una familia de armadores y navegantes— de tan sólo 24 años, o puede que 23, porque es probable que la leyenda que descubro en el reverso de la postal, la postal de tamaño generoso que *preside*, estos días, mi desordenada mesa, no sea correcta. ¿O lo es, y el señor Lottman, *Herbert*, está equivocado? Porque el señor Lottman, Herbert, su más fiable biógrafo, sostiene que debió de ser en otoño de 1851, es decir, un año antes de que se tomase la fotografía —que la leyenda del reverso afirma, fue tomada en 1852, cuando el escritor hacía las veces de secretario en el Teatro de la Ópera, el (THÉÂTRE LYRIQUE), de París, y había decidido ya dedicarse a la escritura, convencido de que sería un (GRAN) dramaturgo—, cuando Jules tuvo su primer ataque de parálisis facial.

Oh, sí, el asunto de su icónica, frondosa, *lobodema-resca* barba tenía otro fin, además del de hacerle parecer algún tipo de (SABIO), o, bueno, algún tipo de (GRAN ESCRITOR), o simplemente un escritor (SERIO) —como el por entonces en la cresta de la ola del melodrama patriótico social Victor Hugo—. El fin era el de *esconderle*. Porque, durante temporadas, un lado de la cara, simplemente, se le torcía. Luego mejoraba, sin más. La primera vez que le ocurrió y que la cosa mejoró —una vez anterior a la toma de esa fotografía que preside estos días mi desordenado escritorio—, le escribió una carta a su madre. Oh, era algo que hacía a menudo. Era algo que hacía todo el tiempo, en realidad. Escribir cartas a sus padres. Lo que dice en la que escribió

después de que se le pasase ese primer ataque de parálisis facial da buena cuenta de la clase de adorablemente cómico amante de la tragedia —de la tragedia entendida como algún tipo de *heroicidad*, un obstáculo insalvable, una exploración *ártica* existencial— que fue. Escribe Jules: «He recuperado mi rostro de majestuosos rasgos», y podría añadir (MAMÁ), pero no lo hace, continúa, dice, «ya lo tengo igual de alegre por un lado que por otro. Hago todas las muecas que quiero y estoy en condiciones de silbar las mejores tragedias del mundo». Y esquiva el drama, lo salva, le inserta eso que hará de Phileas Fogg, el maniático protagonista de *La vuelta al mundo en ochenta días* —tan *alma gemela* del autor, que, oh, ya verán, contiene aún una parte de su alma *obsesivo compulsiva*—, un personaje tan, en su aparentemente inexpugnable infalibilidad, estrambóticamente *falible*.

En esa misma carta le cuenta a su madre, Sophie, que le han aplicado corrientes eléctricas, y que las corrientes le han dado fiebre. (OH, MI PEQUEÑO), podríamos imaginar que se dice Sophie, mientras lee eso que su venturoso hijo ha escrito, o también podríamos imaginar que se dice, cansada, harta, de no recibir otra cosa que quejas de su venturoso aunque decididamente indolente, aprovechado, gorrón, hijo, (CLARO, ¿ACASO VA A OCURRIRTE ALGO BUENO ALGUNA VEZ, JULES?), porque, a juzgar por la clase de cartas que escribe Jules Verne a sus padres a los 23 años, en el lejano, y en extremo adulto, 1852 —una época en la que los jóvenes no podían permitirse ser jóvenes, tenían que ser cualquier cosa, (ENSEGUIDA)—,

Jules seguía comportándose como un niño. Como un siempre *averiado*, o necesitado de atención —y la atención tenía siempre que ver con su estado de salud, pues, y esto era algo que los padres sabían, sufría una hipocondría *modélica*, ejemplar, a buen seguro relacionada con un ensimismamiento patológico, con un exceso de interés en sí mismo— bebé gigante, un bebé gruñón y a la vez seductor, tan siempre ocurrente, tan único en su condición de exagerado centro del mundo.

Un año antes de dejarse fotografiar con la mirada inconcretamente perdida, y el pelo rizado revuelto, embutido en un oscuro abrigo, o gabán, de aspecto aterciopelado, polvoriento, *beatnik*, Jules estudia en París, se niega a trabajar y solicita cada vez mayores sumas de dinero a sus padres, por carta, siempre en ese orgulloso y *principesco* modo víctima, puesto que sufre de horrendos problemas digestivos por culpa de no poder comer en restaurantes adecuados. Oh, quiere decir *buenos*. Ya ha decidido que le trae sin cuidado que su padre quiera que sea procurador como él, esto es, *abogado*, porque lo que él quiere es escribir. Ya ha conseguido el título —«Me preguntas por el título, querido papá, pero hace ya mucho que me lo dieron [...]: sólo falta el juramento, que es cosa de 50 francos»—, y su padre quiere que regrese a casa donde podrá poner en práctica lo aprendido, trabajando en su bufete, durante dos años. Pero Jules se niega. «¡Me dedico a escribir y si mis obras no dan fruto ahora, esperaré!», le responde, siempre ambiciosa, siempre tan poderosamente convencido, ese

brillo en la mirada voluntariosa, (OBSÉRVENME) (ALGÚN DÍA SERÉ ALGUIEN). «Sobre todo, no creáis que, si me quedo, es para pasármelo bien, pero es que hay una fatalidad que me tiene clavado aquí. Puedo ser un buen escritor y sería un mal abogado, pues no veo de las cosas sino el lado cómico y las facetas artísticas, y no me tomo en serio la realidad tal y como es», añade, y se diría que tal sinceridad, y *bravura*, tal confianza en sí mismo le llevó a no sólo querer conocer a los Dumas, padre e hijo —ambos, Alexandre—, sino a convencer al hijo de que escribieran juntos una obra de teatro, su *primera* obra de teatro, algo llamado *El envite*, que estrenó, además, en su teatro, el teatro de los Dumas —sí, Dumas padre era una *estrella*, la estrella de *Los tres mosqueteros*, y, por supuesto, *El conde de Montecristo*, tenía un puñado de *órdenes* de caballero, y no lo sabía pero apenas le quedaban 20 años de vida, un infarto iba a llevárselo al Otro Mundo, el año en el que Jules publicaría *Veinte mil leguas de viaje submarino*, 1870—, y después, por todo lo alto, en Nantes, su *gótica*, y medieval, su extrañamente portuaria —la atraviesan cinco ríos, el más famoso de todos, el caudaloso Loira—, ciudad natal. La pequeña megalópolis era puro *muelle* en la época en la que nació Jules. Tanto era así que el señor Lottman, Herbert, asegura que el jardín trasero de casa de los Verne no era otra cosa que un (MUELLE). ¿Y cómo no iba un niño que había crecido ante no el mar sino el *atlántico* Loira, a imaginar que *navegaba*, y recorrería el mundo, que formaba parte de exclusivos clubs

de exploradores, y extendía mapas ante abigarradas mesas, apartando catalejos y cartas llegadas de quién sabía qué otros confines del mundo? No podía *no* hacerlo, y menos en aquel *viejo* e indagador tiempo en el que todo, o casi todo, estaba aún por hacer, o descubrir.

Jules había nacido el 8 de febrero de 1828, ¿y adivinan qué? El día en que me hice con la fotografía que estos días preside mi desordenada mesa era un 8 de febrero de 197 años después. (LO SABEN, ¿VERDAD?), les dije a las dos empleadas del (MUSÉE JULES VERNE), el (MUSÉE) en el que me hice con ella, el (MUSÉE) que por todo *souvenir* vende bolígrafos a un euro con cincuenta con la firma de Jules Verne *estampada*, y algunos libros, chapas *warholianas* (la cara de Jules es *fucsia*, el fondo, amarillo), ediciones que simulan ser primeras ediciones de sus (VIAJES EXTRAORDINARIOS), y tan fabuloso retrato de un Jules al que la vida no sonreía aún de la manera en que él esperaba que lo hiciera, (OH, JULES, ¿LO HIZO ALGUNA VEZ, EN REALIDAD?), ellas fruncen el ceño, el par de empleadas del (MUSÉE JULES VERNE) fruncen el ceño, y yo también debo de hacerlo, porque me extraña, sonrío. ¿Acaso no saben que hoy es su cumpleaños? Les digo (HOY ES SU CUMPLEAÑOS). Me miran. ¿El cumpleaños de quién?, preguntan su par de ceños. Oh, es una chiflada, dicen también. (¿JULES?) (¿JULES VERNE?) (HUBIERA CUMPLIDO AÑOS HOY), digo. (CLARO), dicen, cayendo en la cuenta de que es cierto, y de que *nada* se ha hecho al respecto, ¿y debería? Hay un descuidado grupo de visitantes que nada sabe de ello en el piso de

abajo. Una de las empleadas les guía por las estancias. En ningún momento menciona el hecho de que, bueno, aquel día es un día ligeramente más especial que el resto. Lo hubiese sido para Jules de haber seguido *vivo*. Pero tal vez para ellas cada día sea el mismo día repetido, o puede que Jules tuviera razón, y nadie jamás haya pensado en él tan *íntimamente* como para recordar el día de su cumpleaños, ni siquiera aquellos que tienen un trabajo que no existiría si él no hubiera existido. ¿O no debería algo que vive de él *recordarlo*?

Yo lo recordaría, *Jules*.

Uhm, ¿saben? La primera vez que visité el modesto (MUSÉE JULES VERNE) era aún valiosísimo. Les diré por qué. Pero antes déjenme confesarles que creí, bueno, di por hecho, o simplemente leí en algún lugar, que Jules Verne había vivido allí. El (MUSÉE JULES VERNE) se encuentra en una especie de colina. En el número 3 de la rue de l'Hermitage. Sus vistas sobre la ciudad, y el Loira, son napoleónicas. ¿No tenía sentido que aquel también napoleónico escritor, que una mente tan admirablemente ambiciosa, hubiese crecido ante semejante espectáculo? (OH, EL MUNDO) (AH, EL MUNDO), como diría Ishmael. Me abrí camino entonces por cada estancia de la imponente pequeña vivienda con aspecto de observador astronómico diciéndome que el hombre sin el que el mundo no habría sido el mismo, el hombre sin el que nuestra imaginación (ESO QUE SOMOS TAMBIÉN, Y SOBRE TODO, EN TANTO ESPECIE NARRATIVA) no se habría atrevido a desarrollar la *trama* científico

onírica como lo ha hecho, había estado (ALLÍ). Había, qué demonios, *crecido* (ALLÍ). Había subido y bajado por aquellas escaleras. Había dibujado *barcos* en pedazos de papel, arrodillado en aquel suelo, quizá sobre algún tipo de alfombra. Se había sentado ante la mesa de la cocina, con un tazón de leche, mientras leía *El Robinson suizo*, de Johann Wyss, el libro, la novela, que de tal forma conectó con su *abandonada* alma, el alma de, para siempre, un náufrago que no pretendía volver a casa, sino abrirse camino, heroica y solitariamente, en ese otro mundo al que nadie más que él tenía acceso, (¡EL MUNDO, SU PROPIA ISLA DESIERTA!), que le impelió a dejarlo todo, y *perseguirse*, perseguir el sueño de la evasión *escrita*. Pero ¿lo había hecho, en realidad?

(OH, NO, JULES NUNCA ESTUVO AQUÍ), deja bien claro el folleto que da la bienvenida al, definitiva e inexplicablemente, ya no tan valioso (MUSÉE JULES VERNE). «Aunque Jules Verne nunca vivió en esta casa», es lo primero que puede leerse en él, «tuvo que venir bastante a menudo para contemplar el río desde esta altura, allí donde se convierte en la puerta de alta mar y el camino de la aventura», añade, y esto último se lo atribuye a Julien Gracq, el escritor, maestro de un simbolismo histórico fantástico, y profesor de Historia y Geografía, y amante de la obra de Jules Verne, esos (VIAJES EXTRAORDINARIOS) que el también viajero —oh, sí, Jules viajó, ¡a bordo de sus propios barcos, y de transatlánticos!— escribió incluso *ciego*, a mano, *siempre*, en cuadernos de letra minúscula y amontonada en el margen

izquierdo, como si la página estuviera dividida en columnas invisibles, y en una, la derecha, todo fuese especulación y *sueño*, y en otra, la izquierda, la realidad de la historia se *posase*, como un pájaro enorme, y mágico, como el texto que iba a convertirse en el (VIAJE) siempre (EXTRAORDINARIO). ¿La razón de la pérdida del valor de tan curioso enclave —que aún conserva parte de la vajilla, y la cubertería, una silla, maquetas de sus tres barcos, *Saint-Michel* I, II y III— tiene algo que ver con esa *desposesión*, con ese ilusorio espejismo que, juraría, en ningún caso, la primera vez, se desmentía, y tal vez ese sea el motivo de que el folleto se abra precisamente advirtiendo que ese lugar no es lo que parece, que puede que si subes a un tren y te diriges a Amiens, la ciudad en la que el escritor se instaló, de forma consciente, y *querida*, militantemente *lejos* de París, y todo aquel nunca suficiente reconocimiento, veas su escritorio, y su famoso, por modesto, despacho, pero que allí no vas a ver (NADA DE ESO)? No, no lo tiene. La razón de la pérdida de valor tiene que ver con aquello que el (MUSÉE) poseía. Poseía manuscritos *re-tachados* por el propio Jules, manuscritos *originales*, con anotaciones de su querido editor, Pierre, Pierre-Jules Hetzel. Poseía, también, una carta que Jules escribió con ocho años y que parecía el relato de un mosquetero. Estaba fechada en 1836, y la encabezaba el nombre del autor, con una elegantísima caligrafía infantil, *envuelto* en un *círculo*, encerrado en su propia *isla*. Tenía un pequeño agujero, y dobleces aquí y allá. Oh, era

aquella carta un auténtico (TESORO) que podía observarse durante el tiempo que se considerase oportuno. Era (REAL), y estaba ahí mismo, la tinta de la pluma que debía de sostener el pequeño Jules aún poderosamente visible, como lo está el pigmento en una obra de arte. ¿Y dónde está ahora? (OH, ALGUNAS DE LAS COSAS ESTÁN GUARDADAS), dice una de las dos empleadas. ¿Algunas de las cosas? ¿Y no son todas las cosas que importan las que están guardadas? Porque ¿dónde está la carta de Frank Borman?

Existía una carta, en el viejo (MUSÉE), que parecía haber sido escrita por un personaje de Jules Verne que hubiese viajado en el tiempo. En realidad, lo era. Era la carta de un habitante del futuro que Jules no sólo imaginó sino *permitió*, pero que no llegó a pisar. Oh, la condenada diabetes sin diagnosticar. Todos esos atracones de comida. Jules, ¿en qué estabas pensando? ¿Qué demonios te pasaba? ¿A qué venía tanta ansiedad? ¿Eran los tipos de la Academia? ¿Esos tipos que (NUNCA JAMÁS) te quisieron? (¡MALDITOS SEAN, JULES!). Disculpen, no pretendía adelantar ningún tipo de acontecimiento, pero es cierto que Jules Verne murió de un ataque de una diabetes no diagnosticada el 24 de marzo de 1905. Tenía 77 años. Acababa, de hecho, de cumplirlos. Jules desarrolló diabetes por comer demasiado. Su obsesión desatada también le volvió *bulímico* en una época en la que comer demasiado era lo contrario a sospechoso. En cualquier caso, de ninguna forma podría haber pisado el escritor el futuro en el que